

Muestra Literaria de la obra de Francisco Gavidia HÉSPERO*

EN CUATRO CUADROS Y SEIS ESCENAS

Oratorio, Misterio, Poema Dramático o Auto Sacramental a la Moderna; seguido de «La Vuelta del Héroe» (Recorte de «La Prensa de Buenos Aires»), con las ilustraciones de Francis Van Riel.

A JOSÉ VASCONCELOS

PERSONAJES:

HÉSPERO, a quien también se da el nombre de EL PEREGRINO.

FLOR, diosa.

OZTOC, dios antiguo y campestre.

UN CORTESANO y

Séquito en el palacio de HÉSPERO, en Güijjar.

CUADRO PRIMERO

Paisaje abierto *en* la pendiente de la montaña.

ESCENA PRIMERA

LA DIOSA FLOR

(Lleva diadema y tapa-orejas redonda, de oro: una flor al pecho, y sandalias, también de oro)

Los titanes, al cabo, renovaron la tierra:

Con sus teas prendieron sus flancos, los titanes,

Con los grifos tricéfalos y dragones en guerra;

Y por siglos y siglos, ardieron los volcanes.

Mas por hoy han cesado la guerra y la pavora:

Yo soy la Flor Preciosa, la Diosa Primavera;

Y por mí son jardines el monte y la llanura

Y un tapete de flores cubre la tierra entera.

* Muestra literaria tomada de: **“LA OBRA DE FRANCISCO GAVIDIA”**, Primera Edición, Dirección de Publicaciones del Ministerio de Educación. San Salvador, 1976. Páginas 372-409.

Los hombres, bendiciendo las terribles deidades,
 Sólo aman extasiados, a la Buena, a la Hermosa;
 Y desde hoy con mi nombre contarán las edades:
 Heme aquí, ¡Flor Preciosa! ¡La Diosa Flor Preciosa!
 Mas a quién ¡oh tristeza de las cosas mundanas!
 ¿Ofrezeré mis cestas y festones de flores?
 Para mí son bellezas estériles y vanas,
 Si no son dulce ofrenda de los castos amores.
 Arden en torno mío los inciensos leales;
 Ningún mortal, empero, puede amar a una Diosa:
 ¿Qué haré de mi belleza, rodeada de mortales?
 ¡Pobre Flor la Preciosa! ¡Ay de la Flor Preciosa!
 ¿Dónde hallaré, ¡deidades! a mi soñado amante?
 Haced que hacia su gruta mis pasos encamine:
 Soy la Talía hermosa, soy la Aglae brillante;
 Pero quiero ser otra, quiero ser Eufrosine.
 ¡Eufrosine! La gracia, primera entre las gracias,
 Pues su gracia a los cielos, la mirada encamina:
 Como la luna pálida sobre un bosque de acacias
 Sobre las almas bellas posa su luz divina.
 Soy la Talía hermosa, soy la Aglae brillante:

Pero quiero ser otra, quiero ser Eufrosine:
 ¿Dónde hallaré ¡oh deidades! a mi soñado amante?
 ¡Haced que hacia su gruta mis pasos encamine!

UNA VOZ

En el bosque:

Ven, que tus plantas huellen mi florecida ruta. . .

LA DIOSA

—¿Eres un dios?

LA VOZ

—La gruta con que tu planta acierta.

LA DIOSA

—¿Será del dios que busco la encantadora gruta?
 ¡Qué monstruo horrible, dioses!

ESCENA SEGUNDA

(Cambíase en parte el paisaje y aparece el Oztoc, cabeza enorme, de cuatro pies de altura, de un monstruo estilizado y que representa las fauces de la Tierra. Se traía i suma de una caverna que más tiene la forma de las fauces rojas de un monstruo, dientes horribles, blancos, y la testa verde de una vegetación de color exuber Corriéndose un bastidor de bosque, en tercer término aparece el mascarón del **Oztoc** ; la derecha, en el fondo).

LA DIOSA

Muerta soy. . . Estoy muerta
De espanto...

OZTOC

—¡Flor Preciosa!
¡Yo te amo!

LA DIOSA

—¡Horror!

OZTOC

No temas, ¡ali! no temas:
Sé que tu mano pródiga ha tendido
El tapete de flores que hoy esmalta
Mi gruta, antes de lavas calcinadas.
Tal es la causa de mi amor. ¡No tiembles!
No aspiraría Oztoc a la diadema
¡Be otro amor, que adorarte como diosa!
Mas escuché tus pasos melódicos...
Entendí tus lamentos... y sé que amas
A un ser desconocido... ¡Caso extraño!
Amas a quien ignoras. Siendo la alta,
La más pura deidad, rendir ansias
Tu corona de blancas azucenas,
Tus cestos de albahaca y lirios rojos
A un dios mayor. . . que es vano tener flores
Si no amamos a un ser para ofrendarlas.
Cierto que es dura empresa... El Asia adusta
Tiene su flor de Loto, y la risueña
América a Suchit, que ése es tu nombre;
Mas el Oztoc, ha tiempo, de sus fauces,
Vio salir a los dioses más antiguos,
Como el Opu y la Piedra que dio el fuego.

Puede quien tanto vio dar un consejo
A la joven Suchit, la Flor Preciosa.

LA DIOSA

Cierto que en otros pueblos muy lejanos,
Los pastores, sin dioses y sin leyes,
Oyeron, de los tétricos abismos
Del suelo y las cavernas de las selvas,
Salir voces proféticas, en tanto
Que a los bordes de negro precipicio
Danzaban sus pacíficos rebaños...
Así escucho hoy salir sabias palabras,
Mi buen Oztoc. de tus profundas fauces.

OZTOC

Oye, pues: hace tiempo,
De un lejano país, la nueva Tula,
Vino un rey... ¿Era un Dios como se ha dicho?
¿O era más bien un hombre? .. Su nombre, Héspero.
La barba rubia, los azules ojos,
La túnica de azur que tachonaban
La luna y las estrellas, y su cetro
Y su diadema de oro, a su persona
Daban grandeza tal, que era tan sólo
Comparable a las llamas y a la dulce
Música que vertían sus palabras.
A su acento nacieron nuevas flores;
Tiñéronse del casto algodónero
Con variados colores los vellones,
Y no bastara un hombre, campesino
De buena fuerza, a levantar en alto
Una sola panoja de sus troxes
De maíz. Pero hay más. . . ¿Sabré decirlo?
A su acento, los ídolos antiguos,
Los dioses tan antiguos como el mismo
Oztoc, a quien escuchas, de las altas
Pirámides rodaron, y la Luna
Que regaba con sangre sus altares,
Huyó a buscar, entre las gentes bárbaras,
Incienso y sacrificios. Por quince años
Reinó él en Mita y en las verdes islas
Del sacro lago, el encantado Güijar
El ciervo blanco.

LA DIOSA

(*Interrumpiéndole*). Oztoc, por lo que dices,
Ese Héspero, hombre o dios, es, no lo dudas,
El esposo que busco. Iré a la santa
Mita, que dejo a! Cuscatlán.

OZTOC

Espera:

Héspero dejó a Mita ha muchos años;
Con su corte de artistas y de sabios,
Llevando el bien y la virtud por armas,
Fue a conquistar el mundo, noble hazaña
Que no fue dado hacer a los guerreros.

LA DIOSA

El es, por lo que dices; mas tu ciencia
¡Cuan precaria parece! ¿Una caverna?
No puede saber más? Acaso ignoras
Que ha habido precipicios, sin ser dioses,
Que lanzaban oráculos, y encinas
Y robles, con el don de profecía.

OZTOC

¡Decir *eso* a la tierra! De los dioses,
Sólo el Cielo podría; sólo, acaso,
También este dios Héspero de que hablo,
Sondear, cual yo, el pasado y el futuro.
Toda palpitación de la existencia
Conmueve al punto mi crestado dorso,
Y deja en él, en sangre o en ruinas,
Su huella perdurable! Si por tanto,
Quieres que recogido yo en mí mismo,
Siga el paso del santo Peregrino,
De ese Héspero a quien ya amas, breve instante
Baste quizás para rendirme el fruto
De honda meditación... (*Pausaj* Oye. Le veo
Pontífice de Tula. Muchos años
Su bondad, o su diosa derribada,
Irrita a los sectarios de la Luna;
Huye; mas luego la diadema de oro
Que sus cabellos áureos, su alta frente
Ciñe en Mita del Norte... ¡Horror! Las hordas
Bárbaras, cual ciclones derribaron
Su trono. . . Mas le espera otra diadema,
Y es rey de Tchidjén-Ytza... Mas... ¿Qué escucho?

Sí, se oyen pasos... Lejos... Son sus pasos...
 ¡Afortunada diosa! Sus pisadas
 Se estampan en la senda de pinares
 Del Nimxor... Se dirige el Peregrino
 A la antigua mansión del santo Güijar.

LA DIOSA

¡En marcha, pues! A Mita... Oztoc, amigo,
 En pago de la miel de tus palabras,
 Sólo puedo dejarte, al separarnos,
 Esa lluvia de flores.

(Cae una lluvia de flores sobre el Oztoc. La diosa desaparece)

CUADRO SEGUNDO

Antiguo palacio de Héspero en el lago.

ESCENA TERCERA

Héspero; un Cortesano; Séquito; un Esclavo.

HÉSPERO

No tengo hijos ni los quiero.

EL CORTESANO

¡Qué! ¿guardáis tal vez enconos
 A la mujer que dos tronos
 Dejasteis sin heredero?

HÉSPERO

Todo el mundo me fue dado
 En su materia y su esencia
 Y así ejercito mi ciencia
 Sobre cuanto fue creado.
 También es mío el poder,
 Y en fin, la esfera invisible,
 Algo excepto,—la visible
 Flor del mundo,—¡la mujer!
 De antiguo brillo la flor
 Entre los dioses mayores
 Y sobre todas las flores

EL ESCLAVO

(Aparte) ¡Qué inmensa dicha me arroba!
Pero ¿es un hombre o es un Dios? *(Vase)*.

CUADRO TERCERO

ESCENA CUARTA

En la alcoba.

EL ESCLAVO

Mi trabajo de hoy está hecho.
¡Con qué colores sutiles
Lucen los aguamaniles!
¡Cómo resplandece el lecho! . . .
¡Dioses! ¡Cuánto he caminado!
Asco doy, pese a mi nombre!
¡Un momento, el gentil hombre,
Me pareció harto pesado...
Este diván me dará
Un instante de reposo...
Y reposará el esposo *(Con ilusión)*
En donde la esposa habrá
Reposado.. . Así atesoro
Esta ilusión y otras tantas!
Quitaré el polvo a mis plantas
En esta jofaina de oro...
¡Si en Güijar gastan boato!
¡Qué lucida muchedumbre!
A juzgar por la costumbre
Ya habrá fiesta para rato...
Y entiendo que el Peregrino
Llegará cuando a la Luna
No hagan sombra en la laguna
Los palacios... ¡Cruel destino!
Me falta el aire, el aliento...
Este vestido me ahoga:
El sarape es una sogá...
¡Fuera el vestido un momento!

(Despójase de su tosca túnica de siervo y del sarape. Queda vestida de mujer: es la Diosa Flor).

¡Una diosa! Hay para reírse... *(se ríe)*

Si la llegada imprevista
de Héspero...

(Soñolienta)

Habrá que estar lista...
No dormirse... *(Bosteza)* No dormir-
se... *(Se duerme)*.

(Los cabellos encuadran su fino rostro: el busto queda medio descubierto)

(LLEGA EL PEREGRINO)

ESCENA QUINTA

HÉSPERO

Una mujer... la ropa del esclavo
Que hoy se postró a mis plantas...
Y era. . . ¡oh sorpresa! esta mujer. . .
¿De dónde
Pudo este engaño concebir?... De nuevo
Se arman los partidarios de la Luna
De artificios diabólicos y al paso
Ofrecen a las fáciles pasiones
¿Blando asidero y poderoso halago?...
Mas no: ¡candor, belleza, amor y gracia,
Palpitan sólo en los dentarnos gráciles.
De esta joven, y el puro enlazamiento
Del tallo de la candida azucena;
Y de esta flor, que eleva sobre el lago
Su cáliz en que se alzan los perfumes
Que ofrece el mundo al apacible cielo,
Las líneas melodiosas,
Corren por sus escorzos femeniles...
Temblaría, con todo,
De ver, sobre el conjunto de sus formas,
Que hacen tan bella estatua de su cuerpo,
Amanecer la luz de su mirada,
Y en ellas palpar el dulce fuego,
Del amor terrenal!... ¡Extraño límite
Impuesto a mi misión por el divino

Humanidades

Poder! Todos los dones
 Me es dado recoger; hay uno empero
 Que me vedan los cielos... ¡Este! ¡Éste!...
 Cierta es que esta flor abre su corola
 Bajo el celeste azur; pero su tallo
 Arranca de la tierra, y, justamente,
 Mía fue la misión de hacer sensible
 Que existen tal belleza y Armonía
 Que se alzan, como el cielo sobre el suelo,
 Sobre aquella Harmonía y la Belleza
 Que primero, a los míseros mortales,
 Ha tiempo reveló la flor de Loto.
 ¿Cómo, pues, ¡oh destino! he de postrarme
 Delante de una flor, así fuese ella
 La belleza del mundo,
 Si con tal excepción hago patente
 La belleza del cielo?

(Medita)

Pero a tan cruel ayuno que me he impuesto
 ¿No habrá compensación? Y esa flor bella
 Sedienta de colgarse
 Al cuello del esposo y de ofrecerle
 Su incienso de belleza,
 ¿Vivirá condenada, nuevo Tántalo,
 A consumirse en sed inextinguible?
 ¿Nunca el amor del cielo,
 Movido por la gracia de las flores
 Juntará su divina
 Palpitación, bajo el azur del éter,
 A las angustias del amor humano?
 ¿Y hay en esta belleza
 Y el fuego de esta grácil escultura,
 Algo que fuera indigno de mostrarse
 A los ojos saciados de armonías,
 De los ángeles mismos?
 Ya los nombré, ya oyeron mi secreta
 Cavilación...

(Rumor de alas en el artesanado)

No acuden presurosos,
 Mas pronto a la hora del dolor y el llanto,
 Que al ofrecerme la ambición sus cetros,
 Y su ánfora el amor, y sus perfumes...

—¡Ea! mujer, despierta!...

FLOR
(Con terror) ¡El Peregrino!

HÉSPERO
 ¿Qué te movió a mostrarte
 En vestidos de esclavo y atavíos,
 De un sexo, que, de cierto,
 No era el tuyo?

FLOR
 El Amor.

HÉSPERO
 ¡Pobre criatura!
 Vas a ser azotada
 por los arqueros.

FLOR
 —¡Héspero!
 ¡Héspero!
 Soy la diosa
 De la vida; ¡la Diosa
 Flor!... *(Suspensión de Héspero)*

HÉSPERO
 Oh asombro! la cima, la corona
 Del Universo,
 la única do acaso
 Pueda el amor celeste
 Descender y posarse.

FLOR
 ¿Os negaréis ahora a que os ofrende
 Las flores de la dulce Primavera,
 Como incensario, henchido de perfumes,
 Ante el altar de un dios ?...

HÉSPERO
 ¡Ay! sí, por cierto!
 No pone su morada la paloma

Junto al cráter humeante,
 Ni al fuego abrasador del Mediodía
 Favonio de cristal abre sus alas.
 Hay algo,— lo Invisible,—
 Que no ha ungido las formas,
 Ni los jardines mórbidos de Flora.
 Y el perfume letal de esos jardines
 No debe alzarse hasta nublar el nimbo
 De una frente divina.

(Con intención marcada)

Confórmate con que arda tu incensario
 En las últimas gradas del santuario.

FLOR

¡Oh desesperación, más que la muerte
 Detestable y cruel! ¿Debo por siempre,
 Gemir por este amor, sin alcanzarlo?

HÉSPERO

¡Oh diosa! algún secreto
 No ha penetrado tu alma todavía.

FLOR

¿Puedo, en fin,
 Peregrino, Esperar que un secreto.

HÉSPERO

(Intermmp.) Un mundo para ti desconocido...

FLOR

¿Quebrante mi cadena de cautiva?
 ¿Puedo también, en tanto,
 Vigilar por mi dueño y su descanso,
 Cabe el dintel de roble de sus puertas?
 ¿Puedo ver desde lejos
 La llama cuyo fuego
 Me hará digna de vos?

HÉSPERO

Tu amor, amiga,
 Te elevará en un día que es arcano,
 ¡A mi trono y mi amor! ¡Espera el día

Que verá nuestro dulce desposorio!
 Vela, pues, a la puerta;
 Mas, no intentes saber secreto alguno
 Del Peregrino. Al punto que lo hicieses
 Serían nuestras bodas imposibles,
 Y el mundo, como el día de un eclipse,
 Gemiría la noche de mi ausencia,
 Que para ti y para él sería larga,
 Por siglos y por siglos..
 Extingue ya esa antorcha.

*(La diosa apaga la antorcha y se sienta en
 escabel a la puerta. El peregrino sube a su
 lecho y se duerme)*

(Se oye monologar a media voz a la Diosa)

FLOR

Le velaré como la madre a su hijo
 Enfermo; mas, el bárbaro mandato
 De que no intente sondear ninguno
 De sus secretos, cuando sé que en ellos
 Y en saberlos está la fuente pura
 De mi dicha y mi amor, no he de cumplirlo.
 ¿Cómo hallan los misterios poderosos,
 Que así acortáis el tiempo y la distancia,
 Que me separan de Héspero? ¿He podido
 Ver siquiera la frente
 Del Peregrino?

Un centellear de oro

Contornea su faz, pues sus cabellos
 Embebe una substancia coruscante...
 ¡Allí está! .. Se ha dormido..
 Quiero, pues, contemplarlo.
 Encenderé la antorcha de la alcoba
 Con la piedra sagrada que otro tiempo
 Dejó escapar de su apretado seno
 El fuego engendrador de luz y vida.
 Esta es la yesca.

(Enciende la antorcha)

Contemplarle quiero.

(Alumbra a Héspero y lo contempla)

¡El! el amor soñado...
 Le tengo a un paso y me separan siglos
 De su pecho... En verdad, estos amores,
 Si he de hablar como diosa, colgarían
 La tierra, como un nido de oropéndola,
 De la rama del árbol cuyo fruto
 Son la sabiduría y la ventura.
 Mas, ¿qué veo? ¡Una llave!
 Oh llavecita de oro;
 Que cuelgas de su cuello sobre el pecho
 Que sella misteriosa cerradura,
 Ven; ¡oh ven! ¡a mis manos!
 No resisto al deseo
 De abrir este divino
 Santuario, que sin duda,
 Guarda aquellos secretos,
 De que me hablara ahora el Peregrino,
 Y en que estriban las bodas
 Que yo anhelo, en verdad, ¿y he de decirlo?
 ¡Que anhela también él! Abranse, digo,
 De par en par las puertas de esmeralda,
 De este pecho divino...

(Da vuelta a la llave)

¡Oh estupor! Otro espacio,
 Como el cielo, insondable, y en él giran.
 Nuevo sol, otra luna, otras estrellas,
 Tal vez los arquetipos o plantillas
 Que giran en el seno
 De un supremo Hacedor, donde los astros
 Toman origen, como bellas frutas,
 De la savia del árbol
 En cuyas frondas de esmeralda penden.
 También las Estaciones y las Horas,
 Que allí pasan en carros de diamante,
 Regulan el voltar de los planetas
 Al girar de sus llantas luminosas.
 Una vida seráfica
 Bajo el palio de luz vivificante
 Hace ver que la esfera de la tierra
 Es pálido recuerdo
 De tal inagotable paraíso...
 Un haz de luz rosada

Corta el espacio azul, y del abismo
 Donde toma su origen, otro rayo
 De color de oro, trae entre sus haces,
 Una, dos, tres angélicas figuras
 De mujer... ¿Son querubos o son hadas?
 Mas luego un rayo azul se une al torrente
 Y una pura cascada de esmeraldas
 Trae flotando en su luciente zona
 Hasta nueve doncellas celestiales,
 Y unas pulsán la lira y otra alienta
 Con gesto heroico una trompeta de oro.
 Allá, una luz violeta... y a intervalos,
 Lenguas de fuego errantes...
 ¿Echaré presto llave?... Mas ¿qué veo?
 Abriendo una cañada entre colinas
 De fresco césped, serpentea un río:
 Y una hermosa mujer lava unas ropas
 Blancas como la nieve.
 Y he aquí: las azules
 Ondas, ya han arrastrado algunos paños...
 Luego, el agua a su paso se lleva otros.
 Por cierto, ella embebida en su tarea
 Está lejos de verlo... ¡Lavandera! *(Grita)*
 Que arrastra la corriente
 ¡La blanca ropa! ¡Escucha,
 Buena mujer!

(Héspero despierta)

¡Horror! Mi agudo grito
 Ha despertado al Peregrino ¡Ay mísera!

EL PEREGRINO

¿Qué voces he escuchado?
 ¿Qué haces, diosa insensata? ...
 El destino se ha roto...
 Contarás ocho siglos
 Antes que llegue el día
 En que han de consumarse nuestras
 nupcias.

*(El Peregrino desaparece como una visión.
 La diosa permanece retorciéndose los brazos
 desesperada)*

CUADRO CUARTO

ESCENA SEXTA

El mismo paisaje abierto en la montaña.

LA DIOSA FLOR

Se ha cumplido ya el plazo;
Pero en vez de la nube, orlada en fuego;
O del carro flotante,
Tirado por la candida cuadriga
De garzas o palomas,
En que viene el esposo, negras nubes
Entoldan el Oriente; el remolino
De fuego de la guerra
Pone su tea a la divina tienda
Del azul firmamento
Y en medio al humo trágico,
Mientras unas ciudades se derrumban,
Otras vense nacer a flor de tierra.
He allí que en el valle, al pie subiendo.
Como una enredadera,
De esta verde montaña,
Cual roja cuna, eleva sus tejados,
Nueva ciudad: su nombre numeroso,
San Salvador... El plazo
Funesto de ocho siglos, hoy expira.
La juventud eterna de los dioses
No bastó a aligerar su tardo paso.
Todos los días rebotó en mis cestas
La ofrenda de azucenas y de lirios,
Hecha al blando recuerdo del amado;
Así entretuve mi dolor, que agranda
En estos días la espantosa guerra
Y la ruina de templos,
Donde entre los escombros y el olvido,
Se hundirán mis altares y mi nombre.
No de amor y sus quejas
He de tratar, mas de dolor...

(Aparición luminosa; es el Peregrino)

ESCENA SÉPTIMA

Héspero; la Diosa Flor.

HÉSPERO

A su hora
Llego. Tal es, por decisión del cielo,
La hora de nuestras nupcias;
Y así el amor en el dolor empieza.

(Un rayo de luz rosada cae sobre la Diosa Flor).

FLOR

¿Qué luz divina inunda la montaña?

HÉSPERO

¡El goce espiritual! ¡Placer del alma!

(Cambíase el rayo de luz rosada en un haz de color de oro suave)

FLOR

¡La tierra huye a mis plantas!
¿Qué luz nueva
Desciende de la altura?
El oro suave Matinal, no embebece la mirada
Con éxtasis igual. Miro en sus haces
Las tres ninfas aéreas
Que en aquella hora aciaga en que abrí el pecho
Del dulce peregrino,
Flotaban en el mismo rayo de oro.
Mas ahora me miran y sonríen:
¿Cuál es su nombre, esposo?

EL PEREGRINO

Son la gracia:
Talía que es la gracia de las flores;
Aglae que descende de los astros,
Y la que hoy hace palpar tu seno,
La angélica Eufrosine,
Con la dulce belleza del espíritu
Y la serenidad...

FLOR

¡Esposo mío!

EL PEREGRINO

¡ Mi esposa! He aquí nuevos convidados
Que llegan presurosos
A nuestras bodas.

*(Un rayo de luz azul se une al rayo de oro y
mezclados en haz verdegueante caen sobre la
Diosa)*

FLOR

¡Ah! ¿qué luz es ésta?

EL PEREGRINO

La vida o teofanía
Del alma. Mira, mira, cómo llegan
En sus ondas miríficas, trenzando
Su armoniosa teoría, Nueve resplandecientes
Figuras de doncellas celestiales; O
ye su casta música,
Pues unas pulsan argentadas liras,
Y la otra alienta una trompeta de oro.

(Oyese una música celestial)

Y todas cantan el pean sublime
De la vida del alma y la esperanza.

(Cae sobre la Diosa un haz de luz violeta)

FLOR

¿Qué es esta luz fundida de amatistas?

EL PEREGRINO

La fe en el porvenir, y en medio mira,
Mira, cómo desciende el sacro beso,
Sobre tu frente pura...

*(Pósase una lengua de fuego sobre la frente
de Flor)*

Ya se abate el alado paraninfo
Con la celeste mesa
De la ágape celeste,

Festín de nuestras bodas.

*(Un ángel trae una mesita de oro y en ella
una copa de vino y pan)*

FLOR

¡Gloria sin fin, amor del paraíso!

EL PEREGRINO

Esposa, toma y come de mi carne.
Esposa, toma y bebe de mi sangre.

*(Parte el pan y da una mitad a la Diosa:
ambos lo
llevan a los labios, representando)*

Penetra de una vez, ¡Diosa de América!

El arcano profundo:

Yo soy, esposa, El Salvador del Mundo.

(TELÓN RÁPIDO).

NOTA: Frailes cronistas de América hubo que se dividieron en dos opiniones sobre Héspero y unos dicen en sus escritos de este que es uno de los dos civilizadores que llevaron el nombre de la Estrella de la Mañana, era Santo Tomás» el apóstol desaparecido, y otros, que era el mismo Jesucristo. Esta segunda tradición u opinión de dichos cronistas, ha dado origen al presente poema dramático, auto sacramental, misterio u oratorio a la moderna.

QUINTO CANTO DE CALIOPE

EL DIOS PLUTO

El mismo dios de la riqueza, Pluto,
Cuando vio que don Pedro de Alvarado
Contemplaba, indignado,
Las tres mil cargas de oro que el astuto
Atlacatl, rey de Cuscatlán, le enviara;
Y que vuelto, decía rencoroso

A sus conquistadores:
 -¡Oro bajo, ¡un presente tan grandioso!
 ¡Oro, bajo, señores!. . .
 Y que, en fin, en las filas de sus bravos
 Hizo herrar como esclavos
 A los tres mil inermes cargadores;
 El mismo dios de la riqueza, Pluto,
 -Yo infligiré un castigo a su injusticia,
 Dijo, porque el guerrero ha traspasado
 El límite que he puesto a la codicia.

Largos años el dios atisbo el pecho
 Del guerrero impasible y temerario,
 Hasta infundirle el plan, de ir, a despecho
 De toda ley. la humana y la divina,
 A disputar en lid larga y sangrienta,
 Con sus héroes bizarros,
 En las urbes ciclópeas que sustenta
 La altiplanicie andina,
 El tesoro del Inca a los Pizarros.

Vióse entonces la rada
 De Acajutla, «que bate
 La mar del Sur», de velas tachonada,
 Que oñcilan de las olas al embate:
 Los tres mil cargadores
 Descuajaron la selva y erigieron
 Los mástiles, labraron los tablones,
 Trenzaron jarcias de maguey y fueron,
 Valerosa cohorte,
 Con los conquistadores,
 Al traer anclas, hierros y espolones
 Hasta las playas de la mar del Norte.

Y en la flota subieron extenuados
 Para hacerse a las ondas procelosas,
 Que su sangre salpica,
 Manejando ora el remo, ora la pica,
 A un tiempo marineros y soldados.
 Y dejaban atrás hijos y esposas.
 Ya están en el Perú, donde se mueve
 El ejército, al hálito frimario,
 Bajo copos de nieve,
 Que sirven a los héroes de sudario.
 Que les quemán los ojos; sobre hielos

Que hacen perder los dedos.
 No hay fuego: hay sólo el viento de la sierra;
 No hay tiendas: hay carámbanos.
 No hay cielos.

Negro sobre la nieve, el campamento,
 Rondando por los cóndores que acechan
 Y las bandadas de aves de rapiña,
 Deja escapar a veces un lamento...

Alvarado les abre su tesoro:
 -Todo el oro que veis, tomad, señores;
 Salvo el del Rey... Y los conquistadores:
 -Queremos pan...; no oro.

Se improvisa orador, y su macabra
 Hueste, le escucha y a su heroico acento
 Se pone aquella hueste en movimiento;
 Y pudo más que el oro la palabra.

Más allá... ¿Pero es todo el sufrimiento
 De la hazaña insensata?
 No es todo, todavía.
 Les esperan el témpano que mata,
 La cima que es más fría... ¡que es más fría!
 Al asirse a las peñas, fatigados,
 Las peñas aún más frías que los hielos,
 Paralizan sus miembros de improviso,
 Y parecen helados.

Hambreados, sin aliento,
 Todo peso es estorbo a sus espaldas.
 ¡Dar un paso! ¡Qué esfuerzo necesita!
 Pedro Gómez, entonces, en la nieve,
 Regó toda su carga de esmeraldas,
 Y en seguida el ejército le imita.
 ¡Todos lo imitan!: idolillos de oro,
 Patenas, arrancadas con pinjantes,
 Sartas, escarcelones,
 Ajorcas, aguilicas y leones,
 Todo de oro; collares de diamantes;
 Máscaras y cabezas de lebreles;
 Bronchas, cuentas, taticas,
 Espejos de dos haces, cascabeles;
 Cuarenta hachas, con mezcla, que valían

Hasta dos mil ducados:
 Pescados que al cogerlos se movían;
 Armaduras enteras semejantes
 A arcángeles radiantes derribados,
 ¡Todo de oro!... Rodelas,
 Que fueron ora el Sol, ora la Luna,
 Pendientes en los muros asaltados...
 Todo cubrió el camino. Era un tesoro
 Como el de la obsesión que fatigaba
 Al ávido don Pedro. Y él miraba
 ¡Todo como un mal sueño! ¡Todo de oro!

Diamantes. . . La encendida
 Llama de los rubíes, y las azules
 Del zafiro, en su fiebre, cintilaban
 Como un sarcasmo a su ambición herida.
 Entonces un soldado,
 Abrazado a una peña, en el atajo
 Que orillaba el abismo,
 —¡Este no es oro bajo!
 Le dijo, y en el brazo en que esgrimía
 Su pica, antigua marca sombreaba:
 Helado por la peña rodó abajo.

Era el que hablaba un indio cuscatleco.
 Lloró el héroe su muerte o su ironía;
 Mientras del viento en el silbar se oía
 La risa del dios Pluto como un eco.

SEXTO CANTO DE CALIOPE

CUENTOS DE MARINOS

I

En las rocas de Acajutla
 Mitad castillo y torreón,
 Se alzaba bien ha tres siglos
 La casa del Armador.
 Dos balcones con macetas
 Se abren en el paredón
 Que sustenta los dos arcos
 De almenado mirador.
 Desde él se ven los galeones

Llegar; se ve en derredor
 La Mar del Sur; se ve el vuelo
 De las garzas y el alción.
 El buen viejo Alvar Melara,
 Tan afamado armador,
 De tiempo no muy remoto
 Goza el provecho y blasón;
 Que al presente poco hace...
 Como ya el tiempo pasó
 En que Pedro de Alvarado
 Que ha días goza de Dios,
 Armó la notable flota
 Para ir a la expedición
 Contra Pizarro y Almagro...
 O en que la rada se vio
 Tachonada por las velas
 De nueva flota y mayor,
 Cuando el mismo Adelantado
 A conquistar se lanzó
 Las islas de Especiería
 Con malhadada ambición.

La primera vez su padre
 Fue afortunado armador.
 La segunda vez fue Alvar,
 Que con el arte heredó
 Alguna hacienda...

—Por hoy,
 Dice el buen Alvar Melara
 A un noble interlocutor
 Que apoyado ante una almena
 A la grupa del cañón
 De señales, le escuchaba,
 Viendo el afán y fervor
 Con que en los diques trabajan
 Con desusado tesón,
 Herreros y carpinteros
 Con mucho estruendo, —por hoy
 Se acaban los bergantines
 Con que vos, Señor Oidor
 Don Diego, lleváis a cabo
 La conquista que dejó
 En planes, el valeroso
 Alvarado (que de Dios

Goce).

—El honrado recuerdo,

Mi buen Alvar, con que vos
Enaltecéis a Alvarado
Me hace pensar que no soy
Despreciable a vuestros ojos,
Como en la necia opinión
De los menguados que tildan
Mí hazañosa expedición
De insensata. Y esto dicho,
Don Diego altivo bajó
La escala y quedose Alvar
Sombrío, en el mirador.

II

—¡Lo que juzgo de tal viaje!

Entre dientes murmuró,—
Que Mencia esperó cinco años
Con promesa del Oidor
De ser su esposa, a que él coja
Los frutos de su ambición,
A que pasease su altivo
Rango de Visitador,
Que ser Don Diego García
De Palacio, en su opinión
Es poco ofrecer a Mencia
Pobre hija de un armador.
A que volviése de andarse
Del uno al otro rincón
Del reino, viendo tal cráter
De un volcán que se apagó,
Las llamas y los barrancos
De un volcán en erupción,
Los ríos cuando el Invierno
Con torrentes acreció.
Las ruinas que las malarías
Hacen hoy su habitación...
Y con nueva fantasía
Palacio y con nuevo ardor,
Pide el plazo temeroso,
Del fin de su expedición
A Especiería, que quiere
Según trato que asentó
Con el Rey, volver a Mencia

Siendo ya Gobernador
Pobre hija mía, que espera,
En los labios la oración,
¡Que Dios eche en brazos tanta
Ambición de tanto amor!
Cada golpe de martillo
—y el último se dará hoy—
Resuena lúgubrementes
De Mencia en el corazón.

III

—¡Doña Mencia! ¡Doña Mencia!
Dice en un balcón Palacio,
Cinco años de amor os dicen
Todo el amor con que os amo,

Y responde Doña Mencia:

Repórtese el de Palacio...
Cuando él pasó de visita
Tenía yo los quince años.
Le oí tocar la guitarra
Con sus modos cortesanos
Y le pedí muchas copias
De sus coplas y sus cantos
Que harto sé que él los hacía
Frente a frente mi retrato.
Si él me amó por tanto tiempo
Yo he esperado otro tanto.
De tres Alcaldes Mayores
Dos me ofrecieron su mano,
Que eran los ambos solteros
Solteros eran los ambos.
Si esperando tanto tiempo
Las rosas que él ha cantado
No se ajaron en mi rostro,
Ni estos mis ojos llorando;
Si ha triunfado de silicios,
Aquel talle, Licenciado,
Que a las palmas del desierto
Vuestros versos compararon;
Si mezclé en mis oraciones
Amores, que son pecado,
Y so color de piedad
He llorado suspirando;
En cambio, y esto al Amor

Humanidades

Duele, cuanto fuera en vano
 Querer decir, —una hebra
 Que es plata que están dorando,
 (Hebra de plata que ausencias Me hi-
 cieron, no mis veinte años);
 Me dice que amor espera
 Tiempos que le son contados
 Y que en el mar de la vida,
 Si hoy no se unen nuestros barcos
 Ya no podrán avistarse
 Ni allá arriba, ni aquí abajo...
 ¡Conquistar Especiería!...
 Cosa es del Rey y no hablo.
 ¿Mas cómo sabré si ha muerto?
 ¿Si en el mar ha naufragado?
 ¡Las islas de Especiería!
 ¡Cuántas vidas que costaron!
 Baste decir que en el viaje
 ¡Muriera el Adelantado!

IV

Contestó Diego García:
 —Cuéntase y no sé si es cuento,
 Que de tantos navegantes
 Como del mar no volvieron,
 Hubo algunos que en las noches
 De borrasca, cuando el cierzo
 Amontona la neblina,
 Columna entre mar y cielo,
 O bien en noches de luna
 Y niebla se aparecieron
 En la rada en que esperaban
 Su vuelta amigos y deudos
 Esposas o prometidas,
 Madre amante e hijos buenos.
 Hubo uno que temerario
 Bajo la racha y el trueno
 El Cabo de las Tormentas
 Juró a pesar de los Cielos,
 Doblar mil veces y mil,
 Por lo que irritados Ellos
 Lo condenaron a herrar,
 Por el mar, siglos sin término.
 Hasta hallar un corazón
 De mujer constante y bueno,

Que le esperara siete años
 Después de dejar el puerto.
 Por cierto, no se ha sabido
 Si se aplacaron los cielos
 Porque el marinero errante
 Hallase el corazón bueno.
 Callad, Don Diego García,
 Que hija soy de marineros;
 En la historia de Penélope
 La cantó el poeta Hornero:
 Que la esposa del marino
 Vence en constancias al Tiempo.
 —Si yo soy el ambicioso,
 Mencía, a quien castigue el Cielo
 Condenado a herrar el mar
 O entre sus abismos muerto,
 Yo os juro que he de volver
 A vuestros pies, a poderlo,
 Sea por deuda de Amor,
 Sea por aplacar los Cielos.

Un ¡hurra! a orilla del mar
 Resonó en el astillero.
 Bajó Alvar del mirador,
 Le dijo:—El último clavo
 De los tres barcos se ha puesto.

Y Mencía cayó en los brazos
 De su padre sin aliento.

V

¡Ah! tiempo de temporales
 Cuando sopla la borrasca,
 Cuando la niebla en las costas
 Erige murallas altas.
 Cuando galeones dorados
 Que el Perú en hilera manda,
 Barridos del Austro frío
 Gimén en las rotas jarcias,
 Y las velas en jirones
 Se disparan en mar alta,
 O se estrellan en las rocas,
 O en los córtices naufragan.
 Cuántas veces Doña Mencía,
 Sobre las rocas sentada

Vio las nieblas, vio las nieblas
 Que forman murallas altas,
 Torres, palacios errantes,
 Que las centellas desgarran!...
 Han pasado ya tres años.
 Está Mencia a su ventana.
 —Esos palacios errantes,
 Dice ella, son figurados
 Emblemas de mis dolores,
 Y son letra de mis ansias,
 Porque yo un Palacio espero
 Que vuelva por la Mar alta.
 ¡Qué formas toma la niebla!
 Allá lejos, velas, jarcias. . .
 Mas no... es la nube que flota,
 Mas no... es la bruma que avanza.
 Y recuerda que Don Diego
 Cuando estaban en la playa
 A punto de despedirse
 Y ella reprimía lágrimas,
 Le dijo de cierto modo
 Que hoy sostiene su esperanza:

—Si mi espíritu pudiera

Ya sin cuerpo y sólo alma,
 Con mi galera ya muerta
 También como yo fantasma,
 Llenarla con los tesoros
 Que en esos mares me aguardan
 Y traerla en una noche
 De luna, en las horas altas
 Cargada de ánforas de oro,
 Velos tejidos de hadas,
 Sartales de piedras ricas
 Que poner a vuestras plantas
 Vendría. . . Que os halle entonces
 Doña Mencia, en esta playa.
 Como yo he viajado tanto
 Perdonad si esto os espanta,
 Que es un cuento de viajeros
 Cuento del Galeón Fantasma
 En la Alcaldía Mayor
 De esa villa tan nombrada,
 Villa de la Trinidad
 De Sonsonate, se habla
 Cosas de marinería,

De naufragio, de borrascas
 Pero a este tiempo la gente
 O se santigua o se pasma:
 —Que García de Palacio
 Y su galeón y sus almas,
 (Que del galeón cual de gente
 En tales decires se habla)
 Se aparecen entre nieblas,
 Se aparecen en la rada
 Y que se oyen del Oidor
 ¡La canción y la guitarra.

—Fuere vivo

Palacio, y es cosa llana
 Que en mis brazos estuviera
 Como amigo, cuya fama
 De explorador, sólo tiene
 En la mía quien la igual
 Que por mis letras he sido
 Honrado con la alabanza
 De aquel Príncipe de Ingenios
 A quien en el mundo llaman
 Manco de Lepanto.

Así

Tengo por averiguada
 Cosa, que el Oidor ha muerto.
 Y que el buque es un fantasma:
 Locura es ya desde luego
 Y puede también tomarla
 Doña Mencia, que aventura
 Su juicio, al ir a la playa
 Del puerto, a ver si entrevista
 A este su galeón fantasma.

VII

De noche.

Esbelta figura,

Envuelta en flotantes gasas;
 Más que caminar parece
 Flotar por la obscura playa
 Que el fulgor de las estrellas
 Y de la espuma hacen
 ¿Será verdad? A lo lejos
 Brumas, nubes, nieblas

Lo de siempre

Mas de pronto

¡Una luz.. luz que se agranda!
Se aviva... Blancor de velas
Y el rumor de una guitarra
¿Sueña Doña Mencia? Ansiosa
Su vista en las ondas clava...
Pero la luz se divide,
Una queda y otra baja,
Y una la barca se la trae
Rielando en la onda la llama:
Se oye una dulce canción
Que está por siempre grabada E
n la alma de Doña Mencia;
Y puntean la guitarra
En la barca, como un tiempo
Lo oyera ella en su ventana.
Ya atracaron a la roca
Donde hace profundo el agua.
Saltan extraños marinos
Nunca vistos en la playa.
Echan al suelo tapices,
Tibores de ámbar y laca,
Amontonan los collares
De perlas negras y blancas,
En ajorcas de corales,
Urnas y ánforas repletas.
Cálices y copas de oro,
Coronas y joyas santas,
Y ostensorios que amontonan
En sus calas los piratas.
A la luz de las estrellas
Y al reflejo de la antorcha
Tanto oro lanzaba llamas.

Luego desciende García

De Palacio, la faz pálida,
Tan pálida que en la noche
Que espuma y hachón aclaran,
Se vio más blanca que espuma,
Con ser la espuma tan blanca.

Dijo entonces Doña Mencia:

—Cómo está la noche oscura...
Palacio, ¿estáis muerto o vivo?...

Rasgó ese instante la Luna
un nubarrón... En la nave
Se oyó entonces una ruda
Voz, entre alarido y canto.
Dijo Diego:

—¡La Tangura!

—¡La Tangura!

—¡Es una diosa!

—¡Diosa viva!

¡Como es una

Reina que se adora en vida!
Que un rey es dios en Molucas
(¡Sin duda ha visto en la playa
De Mencia la alba figura
Y con celos insensatos
Sus torvos dioses conjura!)
—¿Pero estáis muertos o vivos?
—Me es prohibido alzar la duda.
Si vivo, porque le debo
Al Rey, por una escritura,
Conquistarle aquellas tierras
Que sólo la fuerte ayuda
De amigos podría darme,
Que debo ya a la fortuna
Y a mi espada; y en los brazos
De una esposa que en la bruma
De este silencio se me abren,
Fuera mi espada perjura;
Si muerto, porque el horror
Turbara vuestra alma pura
Oscureciera el cristal
A través del cual alumbraba
Vuestro espíritu llenando
Otras almas de ventura.
Así guardad los tesoros
Que os ofrecí en las angustias
Del partir, que a vuestras plantas,
Pondría en toda fortuna.
—Ese tesoro Don Diego,
Daría a la Virgen Pura,
A los pobres, al Beaterío. . .
Pero de manera alguna
Tocaría oro que puede

Venir, decís, de la tumba...
 Pero ¿por qué no os llegáis?
 La mano que os tiendo es pura;
 Con ella os concedí un tiempo
 Esposa sumisa y púdica.
 Mencía, no puede llegarme
 A daros la mano, y si una
 Fuerza me impele hacia vos,
 Mi planta vacila, en lucha
 Con la fuerza que me arrastra
 Al mar... Siento a la vez juntas
 La mano de Amor, asirme
 Y del Destino; que empuja
 Uno mi ser a tus plantas;
 Otro a las olas me impulsa.

Mencía le dijo: —Ah Palacio
 Tened piedad de mi angustia:
 ¡Que no he de saber si vive
 si está muerto, si me burla,
 Si me adora, si me engaña,
 Si me entrega a la locura.
 Quien esperé como esposo
 Y cualquiera la fortuna
 Que fuese, por tanto tiempo,
 Sin vacilación, sin luchas,
 Año a año, día a día,
 Hablando de él con ternura;
 Hablando de él a mi padre,
 Al sol que tanto va a Oriente
 Donde él se fue la vez última,
 Al mar que debía traerle
 En sus olas, con sus brumas,
 A la luna... ¡Cómo veíamos
 Un tiempo, él y yo, la luna!...
 Oyóse en el mar turbando
 el ambiente de ternura
 Con que hablaba Doña Mencía
 Llenó el aire, el mar, la duna,
 La voz, alarido y canto
 De la nave.

—¡La Tangura!
 Gemía Mencía:

—¡Ah Palacio!

Tened piedad de mi angustia...
 Esa mujer de la nave
 ¿Causa el mal que nos abruma?
 —Es la diosa prisionera
 Que éxito a mi empresa augura.
 Mas, ¡oh poder del Destino
 Que hacia las olas me impulsa!
 Mirad escrita en mi brazo
 En mi cara, la escritura
 Con que mi voz y mi espada
 Cumplir el destino juran. ..
 ¡Vamos! Mencía, ¡ha sido un sueño!
 Pensad, buen ángel, que en suma
 No sabéis si muerto o vivo
 Me habláis... y si la Fortuna
 Me devuelva a vuestras plantas...
 ¡Vamos!

Y partió en la obscura
 Noche.

Y dijo ella:

—¡Ah Palacio!
 Tened piedad de mi angustia.
 Llamaba a la Tempestad,
 Entre tanto la Tangura.
 Cual si ya oyeran sus dioses
 Cubrióse la mar de brumas.
 Desatóse el temporal,
 Corrió en férvida espuma
 Altas olas, sonó el rayo,
 Silbó la racha... En la duna
 Gigantes olas saltando
 Cual quimeras, una a una,
 Arrastró al fondo del mar
 El oro de las Molucas...

Asido al brazo de su hija
 Alvar Melara la empuja
 Cariñoso...

—¡Vano Afán!
 Le dice, aprensión, ... ¡locura!...
 ¡Mentidas nieblas del día!
 De noche cerradas brumas.

Doña Mencia en su balcón
 Vio perderse entre la obscura
 Tempestad, las desgarradas
 Velas, en tanto fulguran
 Las centellas.

—¡Muerto o vivo!—
 Murmuró. Al salir la luna
 Mañana a pensar de nuevo
 Si son naves o son brumas.

¿Qué fue del audaz Palacio?
 ¿Cuál su azarosa fortuna?
 Los buenos cronistas dicen
 Que partido a la Moluca
 Del ya nunca más volvió
 A saberse en Acajutla.

QUINTO PARADIGMA

«... Y cuando se unen a ellas,
 las de Dios, que os enseña este viaje
 Al Almo Cielo».

Un quinto Paradigma llegó en tanto
 Al proscenio, he aquí lo que le oyeron:

-Instruido el hombre por el cuadro santo
 Del cielo y por los dones que le hicieron
 Los Númenes que habitan a Nosteria,
 Supera su ignorancia y su miseria:
 Antes de abandonar el Almo Cielo

Verá Lara su gloria en la del vuelo,
 Que los hombres verán, mas que aún no vieron
 Diciendo al par Calíope, en un canto,
 Como el hombre hace esclava la materia.

Escuchóse en el cielo en aquel día
 De labios de la Musa
 La conquista del vuelo en profecía.

San Uraco de la Selva, no se encuentra
 en el Martirologio pero podemos
 atrevernos a creer que debía hallarse allí,
 aunque en el mismo Cielo de Nuestro Señor
 y aun en el Infierno de los cornudos,
 se vieron en grueso aprieto para saber donde
 debía quedar.

Nació en Santiago de los Caballeros
 allá por el año de 1567, hijo de Argo de la
 Selva y de la india Txinque, nieta de reyes,
 algo bruja, algo loca.

Muestra Literaria de la obra de SALARRUÉ

El Cristo Negro*

En la época a que vamos a referirnos (1583), gobernaba Guatemala el Licenciado García de Valverde, a ratos cruel como la mayoría de los capitanes generales, con una barba roja y cuadrada que untaba su coraza de reflejos sanguíneos, y sus manos huesosas y largas, cubiertas de vello rojo, parecían ensangrentadas de una manera indeleble, detalles que por lo demás, bien podía respaldar simbólicamente una verdad moral.

Argo de la Selva, noble ruin de Badajoz, había sido lugarteniente de Valverde durante más de seis años, hasta el día en que perdido el favor y acumuladas sobre su persona una larga serie de crímenes, fue juzgado por el mismo Valverde y ahorcado en el patíbulo de **cerro** largo, que desde las ventanas del Ayuntamiento, aparecía sobre el cielo lejano, siempre cargado como la rama pródiga de algún árbol macabro.

Fue en tonces que la india Txinque, madre de Uraco, (mozo ya de dieciseis), entró una noche, nadie sabe cómo en el palacio, armada su mano verde con un puñal envenenado, y en pleno baile, intentó dar muerte horrible al licenciado; pero no logró su intento y fue destrozada por las guardias y enclavada más tarde su cabeza en una lanza, en medio de la plaza de la ciudad.

Uraco huyó de la venganza del gobernador y fue a refugiarse al convento de San Francisco, hallando amparo a la sombra de Fray Francisco Salcedo su padrino de pila, quien se tomó el cargo de instruirle

en la lengua de Castilla y en la sagrada vida de Cristo.

Esto apasionó a Uraco y empezó su amor a Jesús con un tesón que hacía cavilar a los frailes y mover la cabeza negando antes que asintiendo, por aquella locura y desenfreno. Algún monasta de rostro anudado le acusó de hipocresía, confirmada más tarde con la huida de Uraco y el robo de las joyas sagradas. ¿Qué pensaba el Hermano Francisco? Atenuaba, atribuyendo el robo a una locura amorosa que le hacía desear para sí sólo, lo que estaba en tanto contacto con la Divinidad.

Uraco, quien era ya en tonces Fray Uraco aunque no profesara aún en la orden, aparentaba veinticinco años, su barba rala y negra de mestizo, daba a su rostro un no se sabía qué de malévolo. Delgado y gris, enfundado en el hábito sugería la idea —mil veces exorcizada por los monjes— del Demonio metido a fraile. No obstante, su voz clara y suave, que era como miel de alma, iba, al hablar, aclarándole en dulzura hasta modelar en él un agradado del Cielo, tan esplendoroso, que hacia bajar la *cabeza* de los maledicentes.

Noches, de claro a claro, pasó este loco arrodillado en medio del pedrero, orando en el jardín, que a la mañana se llenaba de rosas blancas, a caso surgidas en la noche al auspicio de aquel suave susurro que inquietara el silencio nocturno preñado de brotes.

*Tomado de la obra: "El Cristo Negro", SALARRUÉ, COLECCIÓN GAVIDIA, Volumen 11, Sexta Edición, 1986, UCA Editores, San Salvador. Páginas: 13, 14, 17, 18, 19, 20, 21, 22, 23, 24, 27, 47, 48, 51, 52, 53, 54 y 57.

Diez veces desapareció del convento durante muchas horas, sin que nadie pudiera decir a donde iba.

Cuando regresaba ponía por excusa a las paternas inquisiciones de Fray Francisco, sus visitas a los esclavos del cruel encomendero, para aliviar penas injustas y aprontar consejos salvadores. Pero en realidad era otra cosa lo que lo alejaba del convento y no tardó en saberse.

Una tarde en que Fray Uraco se paseaba recreándose junto al muro del jardín, situado detrás de la celadería del convento, por una brecha abierta en el adobado a causa de los sismos, vio a una mestiza enlutada, que le contemplaba con ojos sombríos y *a la vez* le sonreía con una sonrisa, tan blanca entre los cárdenos labios sensuales, y los lienzos negros, que parecía una rosa lánguida.

Como la mujer pareciera así llamarle, el fraile, con las manos en las mangas y la sonrisa en los labios, acercóse y preguntóle:

—¿Qué deseas buena mujer? ¿Puede el humilde Fray Uraco serte de utilidad?

—Acaso, sí, santo fraile. Mi buena suerte ha hecho que os vea al pasar y sólo ruego la clemencia del buen confesor y la clarividencia de vuestro santo consejo.

Invitóla el fraile a entrar, con un vago gesto que hizo desplegar una manga del hábito y fueron a sentarse al brocal del derruido pozo techado con un sombril de teja. Ella quiso hincar la rodilla en la arena pero él no lo permitió'. La mestiza exhalaba un fijo olor a ungüento de canela y también de las frondas que ahora la noche ponía sombrías arrojándolas casi negras en masas de voluptuosa pesantez sobre la tierra amarilla, venían aromas de pantano que acariciaban de un modo sensual inquietante. La mujer era joven y era bella, pero Uraco era incorruptible y su sangre sólo vibra-

ba en la búsqueda del alma.

—¡Mi pecado, es grande, señor —empezó la mestiza—! Vivo en casa de mi señor, el notario Herrera y Caravejo, cuyo hijo me requiere de amores sin que yo pueda resistir ya más. Un constante desasosiego macera mi cuerpo y sólo aspiro —perdón señor— a una pronta satisfacción de mis deseos. Voy a morir si no cedo, y si cedo, tiemblo por el peligro. El señor mi amo se entera, y seré condenada, ¡Dios sabe a qué!

La mujer escondió la cabeza entre las manos y sollozó.

Uraco la miraba atónito, encendido en sorpresa e indeciso en la respuesta. A través de la piel amarilla de la muchacha advertía, sin esfuerzo el resplandor demoníaco de los poseídos; cierto reflejo rojizo y metálico de una luz soterrada. Dijo:

— ¡Gran pecado es la tentación!... ¡Pecado grande sería el de ese joven, casi niño, a quien pretendes hacer caer en el fango!... ¿No puedes resistir con la idea de Cristo Nuestro Señor, muerto en la cruz por la virtud?...

—¡Oh, Fray Uraco, río puedo más! Lo he intentado en vano. Estoy poseída del Maligno y voy a morir si no lleno mi criminal deseo...

—¿Tú le amas?... —Preguntó el fraile.

—¡No sé!... ¡Sólo sé que esta virginidad de mi barro y este vacío de mis entrañas me están devorando viva como un fuego del Infierno!...

El fraile hizo el signo de la cruz sobre el cielo claro e inclinado después sobre la hembra, susurró largo rato con lágrimas en los ojos.

Largo fue el silencio y después una sombra negra y furtiva huía por la brecha del adobado mientras en-medio del pedrero, abiertos los brazos, el pecador elevaba su plegaria tan alto, que ya no sólo florecía el jardín sino que del cie-

lo brotaban las constelaciones en un lento derroche.

2

Habían pasado tres años desde este incidente. Fray Uraco persistía en aquellas escapatorias misteriosas, socorriendo y aconsejando a supuestos esclavos. El Prior Salcedo, en cambio, era noticiado de que el prófugo se encerraba, con una mujer de quien tenía un hijo, en una casa de los suburbios y no salía de allí muchas veces hasta después de dos días. Los monastas no ignoraban estos detalles y no lo dudaron nunca, tal era la profunda convicción que tenían de que el Diablo moraba en aquel santo recinto bajo el hábito de Fray Uraco.

No obstante, Fray Uraco era aún tolerado; no por los compañeros (que de buena gana le habrían quemado vivo en medio de la plaza) sino por el Prior, quien no dudó nunca de que aquel cerebro estaba perturbado y de que era caridad asilarle en el convento para bien de todo el mundo, del mismo fraile y por Cristo misericordioso.

Efectivamente, Fray Uraco vivía a hurtadillas con una mujer de quien tenía un hijo. La fogosa mestiza que aquella tarde, en el propio jardín del convento le obligara a pecar, para que otro no pecara, había concebido en virtud de la fatalidad y el monje, avisado, ayudó a la hembra para huir de la casa del notario y para lo demás, alojándola en la cabana de una vieja india que le limpiaba las ropas y le cocía las hierbas brujas, que alijeran. e impiden los desgarrros.

Fue padre por fin, y un nuevo amor, un inmenso amor germinó en su corazón para aquel hijo del pecado, hijo infernal que no obstante sonreía como un ángel y era blanco como su padre Argo. Más, para que el orgullo no le obligase a sonreír de una tan cruel afrenta en la faz del Señor, Fray Uraco untaba la

comisura de sus labios con goma de nance, que rasgaba la pulpa carnososa con grandes dolores, al menor gesto de complacencia. Así y todo, no podía impedir que su blanco corazón se esponjase como una rosa plena y se iluminase como una aurora de mayo a la vista del hijo inevitable.

El dolor no tardó en invadir poco a poco el corazón del santo. Cuando el niño fue creciendo, hacía necesario corregir sus caprichos. La madre (de temperamento áspero) así lo aseguraba y trémula de cólera se lanzaba muchas veces sobre el chico, con la cuerda en alto, siendo detenida por el fraile, quien, con lágrimas corriéndole en la faz torcida, hacía efectivo el furor de la madre en las espaldas del niño. Por su parte el chico iba cobrando miedo y después odio a este monstruo encapuchado que le martirizaba echando aguas de rabia por los ojos. Luego que veía llegar a su padre, corría a ocultarse o buscaba protección en las sayas maternas, mientras Uraco, con frases cariñosas, se esforzaba en vano por atraerle.

¡ Y todo porque ella no pecara!...

3

Regresando una noche de luna al convento y al llegar cerca de las tapias ruinosas del jardín, escuchó trémulo una conversación entre el hortelano y el lego llavero. Se trataba de robar las joyas del retablo; los vasos de oro recamados, los ornamentos de pedrería, la plata de los oficios... Si se hubiera mostrado de seguro que le habrían matado. Estaba en poder de un secreto que podía llevarles a la horca aquella misma mañana; pero el Señor le enviaba antes de que aquellas desgraciadas criaturas manchasen sus manos en tan horrendo sacrilegio: él lo haría, él robaría el ofertorio, él amasaría los metales y arrancaría las gemas para

Humanidades

que fueran trocadas por ellos en el oro codiciado, pidiéndoles que huyeran pronto. Así lo hizo el santo fraile y mientras veía entre sus manos el brillo avivado por las sombras, de todo aquel tesoro sagrado, esperaba con resignación que un rayo del Cielo fulminara su mísero cuerpo y enviara su alma condenada, a los profundos antros de la Eternidad.

Nada, sin embargo, ocurrió y ahí quedaba sobré la tierra para su propio escarnio, cargando con su alma encenagada y su cuerpo asqueroso.

No volvió al convento. Arrojan-do el hábito lejos de sí, huyó también. Fuese a las montañas conviviendo durante largo tiempo con las fieras y los pájaros, alimentándose con frutas y raíces y asilándose en las cuevas.

4

El amor al hijo podía más que el recelo al castigo. Se había oído rumor de que Fray Uraco era visto a altas horas ganar los aledaños y entrar en el recinto de la vieja casa. Ya no se dudaba de su maldad. Era un profano y un ladrón, prófugo y renegado. Sólo el Prior Fray Francisco Salcedo hacía aún un huequecillo en su piedad, respondiendo alas abominables acumulaciones sobre el ex-fraile, que era un cerebro lesionado, y que pidieran a Dios para que le dejase entrar en su gracia.

Los que habían creído ver a Fray Uraco entrar por las noches en la población, no se habían engañado. De cuando en cuando, el pobre llegaba de la montaña escurriéndose con esa habilidad que aprendiera del **tacuazín y el mapache**, convecinos de selva; y medrosamente, jadeosamente, entraba en la casa de la india para ver al hijo, para llorar ante el hijo que siempre le temía, más aún ahora que su ropa hecha girones mostraba la angulosidad de sus huesos envueltos

en aquella piel cobriza. El niño había cumplido cuatro años. Era castaño de pelo y claro de piel, robusto, pero triste. En su almila tímida parecía pesar constantemente el fantasma de su padre, aquel ser grotesco que le castigara tantas veces con cara de piedad. ¿Por qué aquel hombre era así? Empezaba a distinguir el infante la hipocresía en el ser humano, sin saber cómo nombrarla y espantándole más que nada. Se había visto ya afrentado por muchos en la sangre de su padre, había oído que su padre, aquel, era un ladrón y un sacrilego y no lo dudó jamás, hubiéralo creído todo antes de creer que su padre era un santo. La madre confirmaba de un modo vago aquella historia y el niño habíale oído llamarle con sus labios: perro sarnoso.

Cierta noche el hijo había denunciado al padre, corriendo a la calle y llamando a voces a los vecinos: «¡al ladrón, al ladrón!», decía. Y armados de garrotes, las gentes, los soldados, corrieron en la noche tras el hombre, que huía, huía locamente, con lágrimas en los ojos como un perro acosado. Una piedra le derribó en el polvo, pero logró ganar a rastras el bosque y con ayuda de las tinieblas volver a verse libre.

5

Anduvo, anduvo mucho, arrastrándose en lo más intrincado de la selva, ganando largos trechos enmedio de los arroyos, durmiendo en las ramas de los altos árboles, por temor a las fieras, despedazado el traje y la piel... y el corazón. Comía raíces cuando no hallaba frutas y oraba arrodillado en los riscos o en los claros del bosque donde el sol caía a plomo en las horas meridianas.

Una honda herida le cruzaba la frente en sentido diagonal y el pus amarillento, trasudando sobre una *caruaza* verdosa de gangrena, se confundía a ve-

ces con sus lágrimas. Veníanle cortos estremecimientos de frío y largos lapsos de fiebre cuya sed calmaba, a falta de agua corriente, con la de los pantanos apestosos o con la humedad salobre de sus lágrimas.

Una hermosa noche de luna llena, en el paroxismo de su fiebre, sentado sobre la hojarasca en un claro del bosque, vio llegar una hiena de ojos sanguíneos y erizadas cerdas, que parándose frente a frente, le miraba en silencio. Hizo la señal de la cruz y sus recios labios articularon apenas el nombre de Jesús. La fiera entonces, se convirtió en una piedra. La sed apremiaba. Grandes gotas de rocío caían de las altas hojas acariciando dulcemente la faz del moribundo. De pronto un agitar de alas batió el aire por sobre su cuerpo y cuando el fraile logró entreabrir los párpados, vio ante sí una sombra oscura que tenía dos enarcadas alas abiertas como las de un ángel y que tendía las manos hacia él.

Con un esfuerzo supremo, logró sentarse y abrir los ojos. Tenía ante sí un ángel, pero era un ángel negro, de clámi-de vaporosamente negra y que llevaba entre las manos un cáliz, negro también, lleno hasta los bordes.

El ángel invitaba y el fraile, ya sin llorar, ya sin recelar, como en un vago sueño, tomó de las manos angélicas la copa y la vacío anhelante.

Luego entró en un pesado sopor y cuando los pájaros le despertaron con sus melodías salvajes, el bosque se doraba al sol y él se sintió fuerte, sano y alegre. Sobre su frente la herida, estaba seca.

6

Largo tiempo meditó sobre aquel extraño y milagroso sueño y no supo pensar si el favor le llegaba del Cielo o del Infierno; por la mano de un ángel sombrío

o por la de un demonio quemado. Seguro de que su alma estaba ya vendida a Satán, no vaciló en creerlo todo obra suya. Así le prolongaba la vida para su servicio, que él prestábale gozoso por amor a Jesús. Comparó allí mismo su vida, con la de los reptiles que trepaban por las ramas anillándose y babeando encima de las hojas brillantes. Había sido su vida para la traición y el crimen; deshonrando primero a una virgen; martirizando después a un niño; robando las joyas sagradas de un altar... Pero al ver a los pájaros espulgándose entre las ramas floridas y las mariposas flojamente alegres entre el frondal, creía oír una suave voz como la del arroyo que le decía: «Todo por el amor de Jesús. ¿No salvaste acaso del pecado mortal a un niño mal avisado? cuando maltratabas a tu hijo, ¿no desgarrabas tu propio corazón y hacías brotar en aquél las flores de amor para la buena madre? Has liberado del Infierno a dos hombres tentados por el maligno ¿No es todo eso amor? ¿Cristo no habría hecho otro tanto?»

Al pensar así se horrorizaba. ¡Oh, no; Nuestro Señor no habría cometido infamias tan grandes. Habría hallado el modo de arreglar todo bien!...

Sentíase perdido irremediablemente y sin embargo confiaba en la clemencia de Jesús, en aquella justicia de Dios que se llama Misericordia.

Arrodillóse el santo hombre sobre las frescas hierbas y dio gracias al Cielo que aún reservaba para su pobre vida la protección del Demonio. Así permaneció largo rato en éxtasis ante toda aquella grandeza. Los altos troncos escurrían el rocío que resbalaba en fogosas gotas de oro o en argentados regueros. Los pájaros festejaban en el grato calor del ambiente, derrochando la alegría de sus corazones musicales entre las hojas esponjadas y un tierno perfume de

Humanidades

menta subía en lentos efluvios, ungiendo el aire y suavizándolo. Todo parecía querer cantar. Fray Uraco sentíase ágil, rejuvenecido. Se alzó por fin y tomando entre sus manos una rama a modo de cayado, marchó entre las plantas admirando de un modo goloso la belleza de las cosas terrenales.

7

Así anduvo mucho tiempo y por fin llegó a una pradera donde las altas hierbas, cimbrando al soplo de la brisa, iban desvaneciéndose su verdor hasta azularlo en la lejanía donde una laguna de coruscantes aguas, resplandecía bajo el Sol. Respirando tanta amplitud, el santo varón alzó las manos en un abrazo a la gloria y hermosura del paraje. De repente, de uno de los árboles vecinos, vio saltar un enorme gato, un jaguar de tonos metálicos.

La maleza se abrió en un ancho trecho y un grito de espanto que estremeció a Fray Uraco, hizo callar a los pájaros. Vacilante el santo hombre, se acercó y vio lo que pasaba.

Tirado en el suelo, con las patas al aire, un cervato, sangrando ya, hacía desesperados esfuerzos por librarse de la fiera, que, cual si se gozara en su obra, tenía cogido bajo una de sus patas pesadas como peñas y mirábale de hito en hito, con voluptuosa complacencia.

El jaguar iba a destrozar, por fin la cabeza del indefenso ciervo, pero en aquel momento una mano fuerte le sujetó arrebatándole la presa con la rapidez del viento.

El terrible felino recogióse, sorprendido al pronto. Era Fray Uraco que le arrojaba a un lado diciéndole cual si hubiera podido entenderle: «¿Qué haces, pobre bestia?» Y rompiendo la columna al cervato de un sólo golpe con su bastón, le arrojó muerto a los pies de la fiera gritando: «¡Toma, Dios me perdone!...»

Después de mirarle de un modo estúpido, el jaguar, con la presa entre las fauces; de un salto penetró en el bosque.

Todo aquel día, que fue ardoroso y largo, permaneció el santo hombre, tendido boca abajo, en penitencia, en aquella pradera, bajo una cerrada nube de tábanos.

Corría el año de 1595

Mientras tanto, en la ciudad de Guatemala, el Provisor del obispado, Fray Cristóbal de Morales, concertaba con un pobre escultor llamado Quiño Cataño, un crucifijo.

Era Quirio Cataño un inspirado artífice, aunque su nombre vagaba aún en las tinieblas y su estómago se resentía muy a menudo del mal comer. Fray Cristóbal habíale tomado bajo su protección y observándole de cerca, llegó a descubrir en él un refinado espíritu de artista. Los leños informes aspillándose entre sus manos, tomaban divinas formas. La sórdida palidez de los lienzos, cobraba al contacto de su brocha, una vida palpitante. Un día salió de entre sus manos el Cristo yacente más patético: hecho en un tronco de naranjo, tenía la palidez de un cuerpo muerto, que el tinte natural de la madera le daba a perfección. Fue el primer paso en firme que Cataño diera hacia la celebridad, en el camino de las divinas imágenes. Su triunfo fue ruidoso, visto lo cual, el reverendo Fray Cristóbal le encomendaba ahora una representación del crucificado, para lo cual pediría durante cuarenta noches la inspiración sacra, que había de iluminar la concepción del artista, sin duda alguna. Pagaría a Cataño cien tostones de a cuatro reales de plata cada uno, adelantándole al efecto la mitad más diez de ellos y acumulando sobre su cabeza todas las bendiciones del cielo. El Cristo lo desti-

naba para el lejano pueblo de Esquipulas y dejaba a voluntad del escultor todo el proceso, encomendándole tan sólo, que debía medir, en la imagen, vara y media de alto.

Tan delicada encomienda, torturó el espíritu de Quirio Cataño durante muchos días. Tres intentos hizo y otras tantas veces fracasó, desesperado y pidiendo de rodillas la sublime luz de que su impulso carecía,

21

Fue entonces cuando la noticia del horrendo sacrilegio cometido en Jutiapa en la divina imagen del Señor, corrió por Guatemala escandalizando al vecindario, que indignado reclamaba una pronta venganza. Algunos no podían imaginarse cómo pudo llevarse a cabo tamaña afrenta sin que un rayo conductor de la cólera divina fulminara al osado. Era el caso que un hombre llamado Uraco, de pésimos antecedentes, y a la sazón verdugo de Jutiapa, había penetrado durante la misa del **Corpus** a la ermita y arrojándose en el retablo, había echado a tierra, con ayuda de un hacha, la imagen de Jesús.

Sola, había quedado la cruz, mostrando los clavos escuetos. Indios religiosos de Mita y Camotán se habían apoderado del malvado y pedían a gritos por el pueblo la crucifixión de éste en la misma cruz que su hacha acababa de dejar vacía.

El clero, furibundo, en consejo, había resuelto que así se hiciera, y después de formar el tribunal del caso, fue condenado Uraco a cargar aquella cruz hasta la cumbre de los cerros en donde, un hombre conocido con el nombre de Gargo, se ofrecía para clavarlo y darle una lanzada en el costado. Aquel infame debía padecer, por fallo de los jueces,

las mismas penalidades de que fue víctima nuestro Salvador. Sería azotado, escupido, abofeteado, coronado de espinas, cargado con la cruz y por último enclavado en ella para escarnio de blasfemos y lección de herejes.

Inútil es decir que Uraco protestó desesperadamente por aquella determinación tan absurda. No merecía su inmundada persona tamaña gloria. Su muerte debía ser una muerte vil, a palos, en la hoguera, en la horca... No quería tocar con sus oscuras espaldas la cruz del Mesías. No quería mancharla con su sangre plebeya, ni merecía cargar con el leve peso del santo madero del que la maldad de los hombres le había obligado a arrancar la imagen. Más sacrilegio sería entonces el de aquellos frailes que le forzaban a ello, falsificando la muerte única del único hijo de Dios, con su infinitamente odiosa persona.

Pero todo fue inútil y el fallo se cumplió estrictamente. La muchedumbre fanática y sedienta de venganza descargó sobre Uraco toda la ira de sus negros corazones, reventándole las carnes a palos y llevándole al nuevo Calvario, cargado, no ya con el peso de la cruz y del insulto, sino con el de la vergüenza de que su dulce corazón se llenaba en el proceso de tan gloriosa condena.

Fue clavado, muerto de una lanzada, entre las carcajadas de aquéllos a quienes él mismo librara antaño del pecado, y abandonado a los **zopilotes** que ávidamente se cernían sobre su cabeza, haciendo espirales en el hermoso cielo azul.

22

Sólo un hombre entre aquéllos que le acompañaran en la vía de la dulzura y de la redención, le había mirado con ojos de amor. Solamente uno, había intentado

por dos veces ayudarle con la pesada cruz de nogal, imitando inconscientemente al Cirineo. Este era Quirio Cataño, el escultor.

Habiendo llegado noticias de lo que ocurría en Jutiapa y de la extraña condena a que aquel monstruo se había hecho acreedor y hallándose en las circunstancias que ya conocemos: apurado con el encargo de Fray Cristóbal, falto de inspiración, indeciso y con las alas rotas por tres consecutivos fracasos, decidió ir a presenciar el suplicio que tan a propósito llenaría aquella gran necesidad, prestándole un modelo providencial.

Partió al instante y lleno de esperanza, al lugar del suceso y llegó precisamente a tiempo de asistir a] **Vía-Crucis** de Uraco.

Desde que fue iniciado el cumplimiento del fallo, sugestionado por la apariencia tranquila y dulce del preso, Quirio Cataño empezó a ver en él al Cristo de Galilea. Su dúctil imaginación de artista transportóle presto a una época lejana, más de mil quinientos años atrás, en un remoto país, donde idéntica muchedumbre acabara un día con el que había de ser amo y señor de las almas. Siguió a Uraco entre todos; llenos de lágrimas los ojos; el corazón oprimido y los labios amargos. Quiso ayudarle con la cruz y no le dejaron. Pretendió ofrecerle agua y le expulsaron del grupo.

Siguióles hasta la cumbre y desde lejos presencié horrorizado la crucifixión. Cuando uno de ellos le dio la lanzada, el grito de Uraco hizo estremecer todo su cuerpo y en su corazón sintió un sosiego inmenso cuando observó que había muerto. Oculto tras las ramas de los pinos, sus ojos bebían ávidamente el encanto místico de aquella escena. Cuando todos se hubieron marchado, dejando aquella cruz, otra vez llena, enclavada en la cumbre, destacando su tris-

te silueta sobre el cielo profundo de la tarde. Quirio Cataño acercóse trémulo y se quedó extasiado.

23

Ah, en la cruz, se veía, tal como lo describe la Pasión, extenuado por la fatiga, demacrado, cadavérico el semblante, pero siempre marcada la dulzura y majestad de su divino rostro. La difícil posición del cuerpo y de las tibias, hacían resaltar las rodillas, teniendo como corridas hacia atrás las carnes de los muslos, en actitud de indicar gran fuerza, pues sostenían todo el peso del cuerpo, en tanto que los brazos, que sufrían aún más, daban bien a conocer por la marcada alteración de los músculos que cubrían los hombros, cuánto habían sufrido en el martirio, como que de aquellas extremidades estaba suspendido, el santo cuerpo, de la cruz, sin más apoyo que la cuña sobre la que descansaban los pies. Todo esto observaba con ligera ebriedad el buen Quirio Cataño, mientras hacía sobre un lienzo un boceto de Uraco en la cruz.

Pero: ¿por qué era de color oscuro aquel Cristo? La sangre bermeja que goteaba de las heridas, o corría en regueros por el rostro, el pecho, las piernas y las espaldas, apenas si destacaba sus rosas en las carnes oscuras. De la llaga del costado, veíase escurrir la sangre, que se iba coagulando en la cintura y sobre el taparrabo indígena y un último grumo de coágulo, quedábase en la herida misma.

Sabía Cataño, por la tradición, que el rostro de Jesús era hermoso, majestuoso, de color ligeramente trigueño, sus cabellos de color castaño maduro y sus ojos avellanados, y no obstante este rostro se aparecía humillado, largo y enjuto, sus cabellos y barbas eran negros y lacios y sus ojos veíanse profundamente oscuros y rasgados.

Pero de todo él emanaba un halo de espiritualidad y candor preñado de santidad, que hacía florecer las manos de Cataño mientras, ávidamente, trazaba sus líneas e imprimía en el lienzo el tinte justo de la imagen. Para él era aquél un aparecido, el inspirador divino de su obra futura y no quiso sacrificar a la historia ningún detalle por pequeño que fuera. Haría un Cristo como aquel fantástico de la colina, oscuro y flaco, vaso de resignación, de piedad y de amor eterno, encajando el tamaño exactamente con el deseado por su protector.

Cuando Quirio Cataño, medio loco de júbilo, corrió cuesta abajo, después de haber diseñado el modelo de su obra, por los cuatro lados, caía la noche y las primeras aves negras se posaban ya sobre la cruz.

24

La obra de Quirio Cataño, llenó de asombro a todos, por su pureza anatómica y su poderosa fuerza psicológica. La encarnación oscura de aquel Cristo, fue atribuida a una evidente fuerza de concepción de la verdad histórica, que lógicamente nos lleva al hecho de que el cuerpo del Salvador, con los golpes se puso cárdeno.

Para esclarecer la intención de Cataño se razonaba así: «Y bien: ¿no hemos leído que Isaías con su espíritu profético vio al futuro Mesías, muchos años antes de que apareciera revestido de nuestra carne mortal, reducido a la triste semejanza de un leproso, llagado desde la cabeza hasta la planta de los pies? ¿Y no se realizó esa profecía, cuando llegada la hora de la Pasión sufrió en su purísimo cuerpo más de cinco mil azotes, hasta quedar hecho una sola llaga, pudiéndose contar todos los huesos? ¿No sabemos que su sangrada cabeza fue golpeada y herida, y cruelmente abofetea-

do su santísimo rostro? ¿No sabemos que corrieron por su faz hilos de sangre, efectos de aquella corona de espinas que talará su augusta frente? ¿No sabemos que caminó para el Calvario, jadeante de cansancio, exhausto de fuerzas, bajo un sol ardiente, en medio de una nube de polvo producida por el tropel de la impía turba que le seguía? ¿No sabemos, por último, que estuvo clavado en la cruz por espacio de tres horas, agonizando hasta morir? No debe pues extrañarse, sino admirarse el ingenio y habilidad del escultor, cuando representa así al Señor, tal cual debe representarse en realidad». Pero Quirio Cataño guardó su secreto en el más austero hermetismo, y la imagen de aquel hombre que se llamó Uraco y que tantos males hiciera en este Mundo, para salvar de las llamas del Infierno a otros tantos seres, condenando su alma, como él decía, en servicio de Dios y de los hombres, se trocó en la venerable efigie de Cristo misericordioso, que no pudiendo admitir su alma por de pronto, en el Reino de los Cielos, como tampoco enviarla a los profundos Infiernos, la destinó a morar en el vaso de una santa escultura, colocándola así en el punto de unión de aquellos: en la Tierra, que es lo más alto del Infierno, y en su imagen, que es lo más alto de la Tierra y que se toca con la Gloria.

Porque el alma de Uraco estaba condenada en el Cristo de Cataño, nimbándole de claridad celeste, pres-tándole esa vida que sólo es propia de raras esculturas sagradas y que el artista parece recoger como una luz de lo alto, luz divina, presa en las líneas de sus obras, como un encanto que las inmortaliza.

25

Bien se comprende cuan grande aunque errado y absurdo era el espíritu de este triste mestizo desbordante de amor que

fue una víctima más de la ingratitud humana. Modelando su vida a la de aquél, no en lo de vidente y sapientísima, sino en su gran amor a los hombres y las cosas, vivió luchando por ganarle almas a costa de la suya.

Sublime desinterés y abnegación la de este hombre, que se da al Demonio por amor a Jesús. Maravillosa antítesis de Cristo, que cree ser llegado, no como aquél, para purificar las almas con el Bien, sino para salvarlas con el mal. No para organizar un ejército iluminado con la misma fuente de su luz, sino para luchar solo, tenazmente solo, arrancando

en el corazón de los hombres esa roca del mal que en su caída le arrastrará a la sima profunda del Infierno.

Loco sublime que hace vacilar con el empuje de su inmensa piedad, las bases firmes de la ciencia cristiana; que ofrece lirios de sangre y da besos de fuego, colocándose en un círculo fuera de las leyes divinas y demoníacas, hasta llegar, jadeando de amor y de dolor, a la conquista de un nuevo purgatorio, a la imagen de Jesús su señor e involuntario guía, encarnando un Cristo terreno, un Cristo misterioso, un Cristo único, un Cristo en fin, negro.

Muestra Literaria de la obra de Roque Dalton

CRISTO*

Crucificadle crucificadle
 crucificadle
 porque a su tiempo más debido
 no ahorcó a los señores del hartazgo
 porque no dio cuchillos al genuflexo apóstol
 porque repartió el agua de la humildad y el amor
 en vez del ácido final
 de la sedición.

KARL MARX

Desde los ojos nobles de león brillando al fondo de tus barbas
 desde la humedad polvorienta en las bibliotecas mal alumbradas desde los lácteos
 brazos de Jenny de Westfalia
 desde el remolino de la miseria en los exilios lentos y fríos
 desde las cóleras en aquellas redacciones renanas llenas de humo desde la fiebre
 como un pequeño mundo de luz en las noches
 [sin fin]

le corregiste la renca labor a Dios
 tú oh gran culpable de la esperanza
 oh responsable entre los responsables
 de la felicidad que sigue caminando

LOS DIOSSES SECRETOS

Somos los dioses secretos. Borrachos de agua de maíz quemado* y ojos polvorientos, somos sin embargo los dioses secretos. Nadie puede tocarnos dos veces con la misma mano. Nadie podría descubrir nuestra huella en dos renacimientos o en dos muertes próximas. Nadie podría decir cuál es el humo de copal que ha sido nuestro. Por eso somos los dioses secretos. El tiempo tiene pelos de azafrán, cara de anís, ritmo de semilla colmada. Y sólo para reírnos lo habitamos. Por eso somos los dioses secretos. Todopoderosos en la morada de los todopoderosos, dueños de la travesura mortal y de un pedazo de la noche. ¿Quién nos midió, que no enmudeciera para siempre? ¿Quién pronunció en pregunta por nosotros sin extraviar la luz de la pupila? Nosotros señalamos el lugar de las tumbas, proponemos el crimen, mantenemos el horizonte en su lugar, desechando sus ímpetus mensuales. Somos los dioses secretos, los de la holganza furiosa. Y sólo los círculos de cal nos detienen. Y la burla.

*Los tres poemas son una muestra literaria de la obra de Roque Dalton. Tomado de: "En la humedad del secreto", (Antología Poética de Roque Dalton), Rafael Lara Martínez, Colección Poesía, Volumen 3, Primera Edición 1994. Pág. 172, 175 y 276.

Los ídolos, los próceres y sus blasfemos

1. El colochó Chamba

“Por este tiempo las costumbres de los feligreses estaban muy relajadas, según los atestigua el Arzobispo Pedro Cortez y Larraz, quien manifiesta entre otras cosas, que ‘la deshonestidad se halla tan dominante que se dice, y se ha predicado públicamente, que es esta ciudad la Sodoma de estas provincias’. Es seguro que aquella catástrofe [el último terremoto] y la depravación del vecindario, por una parte, y la falta notoria de una imagen del Santo Patrón, por la otra, hayan determinado al cura párroco, don Isidro Sicilia, que ‘estaba en crédito de muy virtuoso y sabio’, a encomendar al maestro Silvestre Antonio García, Tercero de la Orden Seráfica, para que esculpiera y pintara la preciosa imagen que hoy venera el catolicismo salvadoreño en la Santa Iglesia Catedral”.

Sus poetas

“...por la razón y por las anteriormente expresadas y tomando en cuenta que en el dorado año que transcurrimos, cuando ya surca las etéreas salas el primer satélite artificial de la tierra, no sólo no han desaparecido de nuestra ciudad las depravaciones de todo tipo sino más bien han aumentado hasta niveles industriales, y cuando además está perfectamente claro que seguimos indefensos ante las catástrofes de origen telúrico (sismos por fallas del terreno, erupciones volcánicas, inundaciones, etc.), este Círculo Literario Universitario, en uso de las facultades que la concentración del talentón del talento supone,

ACUERDA:

Declarar al pueblo salvadoreño, especialmente a la ciudadanía católica capitalina que el Venerado Patrono de nuestro país, conocido en los reinos celestiales como el Salvador del Mundo, cuya imagen se esculpió en madera para que moralizara el ambiente y erradicara los temblores de tierra, no ha servido para lo que se dice, ni mierda, a no ser para llenar los bolsillos de los curas y correigionarios más cercanos con el pretexto de hacerle su techito, su almohadita, sus carrocitas y sus fiestecistas a Nuestro Señor, cuando no de empeinetarle su coronita, hacerle cambiar sus trapitos por unos nuevos que no hiedan tanto a naftalina y que no tengan tan monótonos sus bordados de oro y brillantes ni tan viejas sus esmeraldas y amatistas, etc. etc.; en vista de lo cual, este Círculo Literario Universitario, en uso de sus facultades, etc.

PROPONE:

Al supremo gobierno, al Ejército Nacional, al Club de Prensa, ala UGAAASAL, a la ciudadanía salvadoreña toda:

1° Degradar del rango de Patrono Nacional a El Salvador del Mundo. A la Constitución de la República deberá agregársele un artículo inderogable que prohibirá al país tener en el futuro toda clase de patrones de esta u otra índole.

2° Cambiar el nombre de nuestra República, adoptando de nuevo como tal el fonema indígena Cuzcatlán, el cual, si bien no deja de ser feo y bayunco a fuerza de haber servido para bautizar marimbas, es por lo menos nuestro y de nuestros verdaderos abuelos.

3° Vender en pública subasta la imagen de madera del susodicho individuo, con todo y su ajuar ritual y viáticos, que se venera en la Iglesia Catedral en construcción perenne y fructífera, a fin de resarcir aunque sea en mínima parte de los daños morales y materiales que por la buena fe del pueblo salvadoreño se causaran a sus intereses a lo largo de tantos años. Con el resultado de esta venta podrían abrirse centros de rehabilitación de prostitutas en cada departamento de la república, así como construirse numerosas instalaciones deportivas par alejar a la juventud del vicio y dotar al Servicio Sismológico Nacional del instrumental más moderno que le permitiría una seria labor preventiva ante las veleidades de nuestro subsuelo. Hemos dicho. Gur bay”.

Abril de 1959.

II. Formularios

Hoja No. 1

“Por medio de la presente declaración, yo _____ de _____ años de edad, de nacionalidad salvadoreña, miembro del Círculo Literario Universitario, me comprometo solemnemente a:

1° Rechazar rotunda y soezmente cualquier invitación a pertenecer a las siembras agrupaciones culturales tradicionales del país, ya sean oficiales o particulares (Ateneo de El Salvador, Academia Salvadoreña de la Lengua, Idem de la Historia, etc.)

2° En el caso de aceptar una invitación en tal sentido (por motivos —lascivia, por ejemplo— o desmoronamiento moral ante algún tipo de compulsión física o intelectual irresistible), pronunciar con motivo de ingreso un discurso agresivamente insultante, en que se reafirmen nuestras actitudes generacionales propicias a la anarquía constructiva y al crimen necesario.

El testimonio de lo cual firmo la presente en San Salvador, el _____ del mes de _____ de 19_____”.

Hoja No. 2

Para orientación de nuestros compañeros que se encuentren alguna vez en la necesidad de pronunciar un discurso de ingreso en alguna institución cultural salvadoreña de tipo tradicional (en los casos y de acuerdo a las estipulaciones que constan en el juramento prestado según la fórmula de la Hoja No. 1 de la presente serie), la Junta Directiva del Círculo Literario Universitario se permite adjuntar un ejemplo del discurso “anarco-criminoso” que tuviera gran éxito de ingreso a la Academia Salvadoreña de la Historia, intento para el cual había sido debidamente aleccionado por nuestra organización.

Del nivel de dicho éxito habla fehacientemente el hecho de que nuestro compañero ha cumplido ya su octavo mes en prisión en al Penitenciaría Central, acusado de atentado contra los símbolos patrios, promoción de desorden público, daños a particulares (le dio un patatús al doctor Julio Fausto Fernández y el doctor Ramón López Jiménez agarró zumba de cubría durante más de un mes), injurias y calumnias. Su ejemplar pieza oratoria dice así:

“Excelentísimo Señor Presidente de la República:
Su Señoría Ilustrísima Monseñor Arzobispo de San Salvador:
Venerables e Ilustradísimos Señores Académicos:

Todo el mundo sabe que siempre odié a la gran mayoría de los próceres. José Matías Delgado, con cuyo apellido me sobrenombraba uno de los múltiples dentista de mi niñez descalificada, siempre me hace pensar en el catarro y en el mal aliento eclesiástico, ya lo dije en un poema. Estos absolutamente seguro de que José Simeón Cañas, el libertador de los esclavos, bebía demasiado y en forma embozada, y que Manuel José Arce era lo suficiente poca figura histórica como para inspirar a gentes de la calaña intelectual de Chema Lemus, ¿Os imagináis, compatriotas, que el General Francisco Menéndez, responsable de una muy recordada reforma liberal olorosa a naftalina y a patas de cuca, era alguien mucho mejor de nuestro contemporáneo Cabro Loco, el salvavidas más viejito del mundo? El culto a toda esa pesadilla de pendejos es una de las mayores expresiones de nuestra caturería mental. Yo sé, ilustres señores que me escucháis, que no podemos esperar de un día para otro devenir en unos Felipes Mansos de la perspectiva histórica y que en el cuartito mesonero en que nos encierran las fronteras y puras penas cabe Catuta. Sin embargo, ni me aconsejo la natación contra corriente, ni quiero pecar el proponérsela en ningún: el águila no solamente no caza moscas sino que deja de hacerlo con la más silenciosa majestad. Por eso me empecino en admirar a los futbolistas criollos que derrotaron al Santos de Brasil (con todo y la presencia de Pelé en sus filas, les zampamos, como todos vosotros recordaréis dos golpes contra uno, con el agravante de que el gol brasileño fue de penalti); a la Camiona, esa puta notabilísima y loable, santaneca, que nos dotó de un argumento todopoderoso contra cualquier cultura extranjera de ayer ay de hoy, saliendo airoso de un coito semipúblico con Truxon, el gorila del Circo Ataide; y, no faltaba más, al Chino Pinto, lanzándose desde tan alto, en un paracaídas sospechosos, sobre un territorio tan pequeño como es el de nuestro país etc.”.

Las finanzas de Dios

(«Al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios...»)

I

(1896-1908)

En el año de 1896 el Muy Ilustrísimo Señor Provisor y Vicario General Canónico Tesorero doctor don Miguel Vecchiotti, de tan grata memoria, quien en su actividad y celo construyó nuestra hermosa y bella Catedral, en su deseo ardiente de obtener para ella un magnífico órgano, obtuvo de la piadosa matrona doña Carmen Ungo viuda de Rosales la suma de cuatro mil pesos oro.

La tesorería de la Catedral completó la suma de 24 mil pesos plata que costaría el mejor órgano de la fábrica Farrand y Votey, de Nueva York.

Vino el nuevo órgano con tan mala suerte, que en su desembarque y traslación a esta capital se mojaron algunas de sus principales piezas. El empleado de la fábrica encargado de armarlo no cumplió del todo su compromiso y abandonó la obra. Al poco tiempo de armado el órgano, se notaba que cada día sonaba menos, hasta el grado de perder el sonido doce voces del primer teclado. Las del segundo, pedalier y los registros, sin hacer cambio alguno, quedaron completamente arruinadas.

En vista de esto el M.I. señor Provisor y Canónico Deán, Doctor don José Antonio Villacorta, de inolvidable memoria, hizo todo lo posible por reparar el órgano haciendo contratos sucesivos con tres afinadores pero sin resultado satisfactorio, antes bien dejándolos ello en peor

estado.

En el año de 1906, el Ilustrísimo y Reverendísimo Señor Obispo, doctor don Antonio Adolfo Pérez y Aguilar, a quien Dios nos conserve por muchos años, lamentando el triste estado del órgano, aprovechando las circunstancias de la venida a esta capital del Sr. don José Von Jenney, que se manifestaba como constructor y competente reparador de órganos, tanto por la prensa como por referencias particulares, y deseando salvar la responsabilidad de que más tarde se atribuyera a morosidad el que presentándose un sujeto idóneo no se diera paso a tratar de reparar el órgano, comisionó al Infrascrito, y aprobó el contrato que éste hizo con Von Jenney, elevado a escritura pública ante los oficios del Dr. don Belisario Suárez. Von Jenney se comprometió a componer el órgano por la cantidad de tres mil pesos oro, que le fueron entregados.

Teniendo que ausentarse de esta república, el Sr. Von Jenney, para poco tiempo, según se dijo, se hizo una segunda escritura pública ante el Dr. Belarmino Suárez, cediendo Von Jenney como caución a la Catedral por valor igual recibido, un piano, cien pesos en oro americano y 150 rollos de música automática. Von Jenney fracasó en el cumplimiento de sus obligaciones, yéndose del país y dejando en Nueva York seis cajas de útiles del órgano.

Caducados los plazos, se hizo la rifa del

Muestra literaria de la obra de Roque Dalton, tomada de: “Las historias prohibidas del pulgarcito”, Dalton, Roque, UCA Editores, Décima reimpresión, 2004. pp. 93-97 y 149-153

Humanidades

piano que produjo la cantidad líquida en 2 mil 600 pesos.

En Octubre del año pasado, el Ilustrísimo señor Obispo recibió aviso de que en las bodegas de Nueva York estaban seis cajas de útiles del órgano de la Catedral y el Infrascrito solicitó al señor don Herbert de Sola para ver si se conseguía un experto que se hiciera cargo de la compostura del órgano y que hiciera venir las cajas. El señor de Sola, con la mejor buena voluntad y apropiándose del asunto, escribió a la casa de Sola, Pardo y Cía, sobre el particular y estos señores, con asombrosa actividad, revisaron fábricas y bodegas hasta dar con las cajas y con un experto, que cabalmente, había trabajado en nuestro órgano.

Liste experto o fabricante pedía nada menos que diez mil pesos oro para venir a componerlo, y sin garantía alguna.

El Infrascrito, insistiendo siempre en la reparación del órgano, y asociado a la pena moral que molestaba al amantísimo y dignísimo señor Obispo, insinuó la idea de que se hiciera cargo de la compostura del órgano el señor don Francisco Bonilla, que había trabajado con Von Jenney y que mostraba aptitud para realizar el proyecto. En efecto, aceptado el pensamiento y mediante contrato con el Venerable Cabildo Eclesiástico, el joven artista Bonilla ha hecho esfuerzos supremos para arreglar el órgano, dejándolo a entera satisfacción y causando grata sorpresa en este día memorable.

El señor Bonilla percibirá por su trabajo mil 700 pesos, proporcionándosele por separado los materiales y el valor del trabajo del cobrista y del carpintero.

Cuesta el órgano hasta la fecha cerca de 30 mil pesos.

Posee dos manuales pedalier y cuenta con treinta registros sonantes que hacen el conjunto de cuatro mil flautas. Uno de sus registros más poderosos es el de *principal basso*. Los dos teclados manuales constan de cinco octavas, comenzando por el do subgrave. Pero lo que mejor tiene nuestro órgano es el registro automático, el cual ejecuta sin necesidad del organista. Figuraos que estáis en escarpado montículo en que presenciáis el desarrollo paulatino de una inmensa vegetación sonora que comprende desde los brotes minúsculos del *piccolo* hasta el añoso corpulento tronco, representado por el gigantesco *bajo* de seis metros, figuraos la variedad más pasmosa de diámetros y dimensiones, de estructura y material en aquella serie de tubos que semejan tallos, y aquellos conductores del aire que semejan raíces, todo ello diseminado con la desordenada simetría que parece copiada de la naturaleza, y tendréis apenas idea de lo que es tan admirable mecanismo. Pero la impresión visual resulta insignificante comparada con la auditiva: cuando la savia gaseosa comienza a circular por aquel organismo y al empuje de un cerebro que piensa y de un alma que siente, toda aquella masa inerte va naciendo a la vida y comienza a articular sonidos que son el germen de una idea, y ésta va desarrollándose pausada y noblemente con toda la gravedad y elevación del caso pidiendo a cada sonido la vibración, a cada timbre un color, y a cada matiz un sentimiento; cuando aquel monstruo de mil voces pónelas todas en acción y en unísono colosal, como ninguna orquesta lo puede producir, refunde la idea grandiosa o el pensamiento sublime y, debidamente preparados, los expone con todas

las galas del saber y de la inspiración, entonces os sentís subyugados, anonadados por la potencia inmensa del arte musical y, siendo o no artistas, sabios o ignorantes, cultos o incultos, os entregáis a la emoción estética causada por las lágrimas que pugnan por brotar de vuestros ojos. El órgano es algo inmenso, es una tempestad, en manos de un hombre. En sus tubos gimen, duermen o cantan todas las armonías de los orbes. Ahí está lo que dice un árbol a otro árbol en alas de la brisa que despierta su cimera; lo que dice una nube a la otra nube, un mar a otra mar, un viento a otro viento y una estrella a otra estrella; en fin, lo que dice la creatura a su Creador. Duermen en esos tubos o cantan por sus breas doradas, risas de niños, voces de ángeles, apostrofes de profetas, cánticos de bienaventurados. Un soplo de aire y basta: la eternidad habla, la humanidad llora, la tristeza suspira, el ministro del altar entona y la alegría canta. *¡Gloria in excelsis Deo!* ¡Porque sólo Tú eres santo, Tú sólo el Señor, Tú sólo el altísimo Jesucristo!

En nombre del Ilustrísimo y reverendísimo Señor Obispo, y del Venerable Cabildo Eclesiástico, damos las

más expresivas gracias a todas las personas que tan generosamente te contribuyeron con sus limosnas y se dignaron enterar el valor de los billetes de la Rifa del Piano.

El Divino Salvador premiará su caridad.
*Santiago R. Vilanova, Canónigo Tesorero,
Provisorio y Vicario General.*

II

(1950-1972)

San Salvador no tiene Catedral desde hace más de veinte años.

En 1950 la Catedral de San Salvador fue destruida por un Incendio. Desde entonces, los gobiernos de Osorio, Lemus, Junta Cívico Militar, Directorio Militar, doctor Cordón, Julio Rivera y Fidel Sánchez, y cientos de miles de salvadoreños, han dado su aporte económico para la reconstrucción. A finales de 1971 y principios de 1972 aún no se remiava la nueva catedral y se ha dicho de nuevo que ello se logrará, si Dios quiere, "en un par de años más."

Para evitar cualquier confusión hay que decir que la reconstrucción se hace con materiales corrientes, es decir, granito cemento, piedra común, hierro, madera, etc.